

SIETE SEÑORES DE LA GUERRA

Doctor

HERNANDO GAITAN L.

Historiador



ANIBAL

"Destruir un hombre equivale a familiarizarse con él; pero al destruirlo se acaba insensiblemente por adquirir su aspecto y sus características propias".

C. P. Baker

Vencido Napoleón, sus principios militares y su absolutismo le sobrevivieron por largo tiempo, porque los vencedores debieron encarnar esa personalidad absorbente para poder así aplicar sus métodos de lucha. El fantasma del gran corso frecuentó por muchos años Europa. Amigos y enemigos fueron sus discípulos, hasta tanto la corriente de las nuevas ideas no renovó las estructuras militares y los hábitos de las gentes. Roma odió y temió tanto a Aníbal, que llegó a olvidarse de Cartago. Fue necesario que Publio Cornelio Escipión los convenciera de su omnibulación, haciéndoles comprender que en realidad el enemigo era Cartago —una ciudad— y no Aníbal—un hombre. Este romano genial había aprendido en la guerra de España, que "el genio es más que la capacidad, para tomarse trabajos infinitos; es la facultad de ver claramente las realidades que lo rodean y dejarse guiar por ellas". Sus conciudadanos, incluyendo sus mismos adversarios, reconocieron a tiempo que Escipión era el nuevo Aníbal que debía combatir al antiguo. Otro, que logró penetrar donde estaba el enemigo, fue el ascético Catón, quien con su estribillo "Delenda est Carthago", logró que el Senado Romano votase la ruina y destruc-

ción de la egregia ciudad, cuando ya Aníbal había desaparecido del escenario político. Desde un comienzo Catón también comprendió y penetró en la mente de Aníbal, que éste no hacía la guerra por la guerra, sino que utilizaba la fuerza militar como medio para llegar al objetivo cartaginés de lograr un fin, un resultado que no era cosa distinta, que la vieja política de las ciudades fenicias: mantener el dominio sobre los centros de tráfico o de intercambio comercial.

Con la destrucción de Cartago se infiltraron para siempre en Roma la atmósfera moral y el tráfigo de gran mercado, propios de aquel. En el mañana, hasta los mismos dioses asiáticos se instalarían en Roma, la que ante la amenaza constante de oleadas invasoras procedentes del septentrión, volvería sus miradas al oriente, para refugiarse en Constantinopla —a orillas del Bósforo— en el mundo de sus maestros los griegos. Pero esos helenos de entonces, bajo el influjo de Alejandro, habían sucumbido ya a los halagos y al encanto de la aromada y pujante civilización oriental. Este reencuentro, del este y el oeste, permitiría que se completase la más extraordinaria transculturación de todos los tiempos.

Dos efectos, a cual más de perniciosos y disolventes habría de generar la prolongada incursión cartaginesa a territorio romano: la masiva emigración del campesinado a la ciudad de Roma y el desmesurado incremento de su proletariado urbano. Ellos a su vez implicarían dos fenómenos inevitables: el desmedro de la infantería romana, antes alimentada con las levas de hombres rudos, disciplinados y amantes de la ciudadanía y el incontrastable poder político del estamento plebeyo, engrosado con los inmigrantes del campo. Y como consecuencias inevitables de estos dos hechos, la ruina de la agricultura, que obligaría al Estado a importar de oriente ingentes cantidades de trigo y otros víveres para alimentar a los desocupados. También intensificaría al máximo los juegos y combates de circo, para distraer a la plebe y desviar sus voraces pero justas reivindicaciones sociales. Al encajar estos reveses, la ciudad imperialista de las Siete Colinas, hubo de soportar hasta el fin de sus días el conflicto de la lucha de clases y abrir fatalmente las filas de sus legiones a los mercenarios de todos los pueblos que merodeaban ante las fortalezas y reductos fronterizos.

Escipión —el futuro vencedor de Zama— también sería arrastrado como por un fatal destino, a causa de la ruina de Cartago y el dramático final de Aníbal. Debió hacerle frente en el senado a las acusaciones de Catón, formuladas en su estilo cáustico y excéntrico. El guerrero, haciendo gala de cierto desprecio olímpico, presentó los libros de cuentas de su administración y los rompió en pedazos, retando a sus acusadores a que buscasen las pruebas en sus fragmentos. Luego increpó a los venerables padres conscriptos por qué no investigaban quién hizo ingresar al Tesoro Público los 15.000 talentos de plata y de quién fueron los recursos por cuya virtud habían llegado a ser los amos de España, Asia y Africa. Poco tiempo después, siendo realmente un hombre pobre, se alejó de Roma y marchó a un destierro voluntario. Algo también en su caída parece vincularlo a Aníbal. Los dos perseguían el mismo ideal de liberar al mundo griego de la coyunda romana.

Antes de enfocar la personalidad de Aníbal, tan deformada injustamente por el historiador romano Tito Livio, el griego Polibio y otros escritores de su época, que lo hacen aparecer como un ser cruel y su perfidia peor que púnica, en beneficio de crear condiciones propicias para tratar de entender lo que realmente fueron en su tiempo Cartago y Roma, es aconsejable reproducir lo que sobre la primera corre publicado en el ensayo "Bajo el signo de Baal", en el que nos ocupamos de los fenicios, de Tiro y de la ciudad de Cartago: de la segunda, "urbe impresionante, que fundó un imperio sobre el mar, cabe decir que abarcó todos los campos que informan una civilización. A más de su potente comercio, cuya capacidad y volumen de transporte le permitió cubrir con sus flotas todo el mundo conocido en su tiempo, promoviendo el intercambio comercial de los productos de las diversas zonas, estimulando el desarrollo industrial, la explotación minera, la erección de templos, palacios y ciudades, le fue dada también la alternativa de convertir a sus hijos en los más hábiles explotadores del agro en el mundo de entonces... El país estaba dividido en huertas y vergeles de toda clase, cortado por numerosos arroyos y acequias que regaban las menores parcelas. Sin ninguna discontinuidad se veían magníficas casas enjabelgadas y construidas con esmero... La tierra estaba cubierta de viñas, de olivos

y otros árboles frutales. A ambos lados de la llanura pastaban rebaños de bueyes y de ovejas. En las hondonadas se veían caballos...".

Este hermoso cuadro trazado por Diodoro nos releva de esgrimir argumentos que tiendan a desvirtuar la idea predominante de que los cartagineses, como sus antepasados fenicios, "despertaron con su espíritu falaz, cruel, codicioso y despótico, el odio y antipatía de los demás pueblos, y que su ocupación exclusiva era la explotación comercial".

Por lo que hace a Roma, la victoria obtenida por cualquier medio que fuese, se tomaba por sus ciudadanos como prueba de que así lo deseaban los dioses de la guerra y no había que intranquilizarse. Tal vez por ello Virgilio pudo escribir como una glorificación, que la misión de Roma era "parcere subjectis et debellare superbos". El no se detuvo a pensar que era muy poca gloria perdonar a los que se sometiesen y triturar a los que por orgullo, pundonor y dignidad no aceptaban someterse. Es muy evidente que los autores de sus Anales se dedicaron sistemáticamente a trazar la imagen de una "pérfida Cartago". En lo que no cabe duda, es cómo en la era de Augusto los historiadores romanos escribían con la marcada intención de influir en la mente de la juventud, exaltando las glorias de su pueblo a costa de los vencidos y conquistados. Ellos convirtieron necesariamente la guerra contra Cartago y la derrota de Aníbal, en el recuerdo de la gran epopeya del advenimiento del imperio Romano. También es evidente que tanto romanos como cartagineses y otros pueblos de aquellos tiempos, incluyendo los griegos, practicaban la crueldad, la represión y la violencia en muchas de sus manifestaciones. Tampoco puede ponerse en duda que los fenicios, como orientales y semitas, nunca fueron modelo de credibilidad o de confianza en sus relaciones con los demás pueblos. Nada pues más natural que sus descendientes los cartagineses recogieran parte de esta herencia. Pero es muy posible también que no fuera en tan alto grado como lo pregonaron los romanos, ya que los cartagineses por obra de la distancia y el nuevo ambiente, diferían un tanto de sus ancestros.

En un ensayo precedente "La maravillosa aventura de las colonizaciones - Roma Alma Máter", decíamos a propósito del

Gran Imperio Romano: "Cuando los acontecimientos parecen anclarse en su momento histórico y dar paso a los nuevos hechos que van eslabonando el discurrir de la humanidad, Roma conserva una imagen siempre actual, una perspectiva sin limitaciones, una parte del acontecer. Por eso su estudio, tiene entre todos, el privilegio de una necesidad general y perenne. Su espíritu, su civilización y su potente aliento al extenderse por todas las regiones entonces conocidas, funden en la suya todas las culturas. Nunca antes y quizá nunca jamás, pueblo alguno borraría tan rotundamente los gobiernos y las nacionalidades, reemplazándolos con una ciudadanía universal. Y así, a tan ingente causa debían responder consecuencias indelebles. Después del paso de los romanos, consideraciones sociológicas nos inducen a pensar que nada nuevo ni semejante ha ocurrido en veinte siglos. Y si meditamos acerca de su influjo avasallador, su absorbente dominación y su inevitable predominio, a cuya sombra viven aún y vivirán siempre todas las instituciones, llegamos inequívocamente a donde casi siempre han llegado los que se han asomado a la infinitud de su fecunda gestación histórica. Es su rastro más sobresaliente, el más significativo de sus caracteres, el fenómeno político, que habría de convertirse en el gran tratado para uso de todos los tiempos. Ella que había sido heredera del ingenio helenístico, de su religión y de sus artes, tuvo la virtud de mejorar y fecundar tan valiosas enseñanzas, para a su turno, aventarlas pródigamente en forma de leyes, monumentos, instituciones, hechos maravillosos y ejemplos de todo orden, pese a sus enormes crímenes y a los vicios más refinados, patrimonio inevitable de las postimerías de toda civilización. Esta gigantesca ciudad imperial fue, gracias a su poder político, el gran fenómeno de condensación social, que enseñaría el camino y trazaría sus pautas a las sociedades del futuro".

Las anteriores apreciaciones sobre las dos grandes potencias que contendieron por el dominio del mundo que les correspondió presidir, dentro de sus peculiares modalidades y su determinismo geográfico, tienden a señalar, que como producto de esa decisiva confrontación, ambos rivales no sólo debieron poner en juego todos sus recursos económicos, políticos y culturales, sino también, como ha sido casi siempre inevitable disyuntiva en estos casos, dar vida a los hombres que debían

con sus hechos llenar la página decisiva de su historia. Así surgieron y concurrieron inevitablemente a esta cita con el destino de dos mundos contrapuestos, Aníbal y Escipión, como productos propios y auténticos representantes de sus respectivas nacionalidades.

Hoy, después de veintidós siglos de haber pasado por la vida, el nombre de Aníbal nos sigue siendo tan familiar y reciente como debió serlo para sus contemporáneos, cuando las madres romanas amedrantaban a sus hijos, diciéndoles: "Aníbal está a nuestras puertas". Y por la mente de los niños de entonces como ocurre hoy con la nuestra, desfilan, a pesar del tiempo y la enorme distancia los elefantes de Aníbal haciendo la travesía desde el sur de España hasta la península italiana, a través de los Pirineos, el valle del Ródano y los Alpes, junto con sus 46.000 soldados sucios, andrajosos, con las barbas crecidas y arrastrando los furgones de su impedimenta.

Los huesos de 20.000 muertos jalonaron el largo camino que recorrió en cinco (5) meses. Durante quince días el extraño cortejo se deslizó como un ejército de espectros por entre las nevadas cimas y las angostas gargantas de los Alpes, hasta cuando por fin columbraron la llanura romana. Desde una salida de la cumbre, Aníbal, con el dedo mostró a los 26.000 sobrevivientes, cómo perdiéndose en los azules confines del horizonte, se ensanchaba la Lombardía, y más allá la meta de sus penalidades. Los hombres que desde la distancia le habían seguido ciegamente, realizaron en medio de su alborozo, que lo imposible se había realizado; que no en vano unos habían abandonado los cielos brillantes de España y otros los cálidos y cegadores soles del Africa. La gesta había sido prodigiosa. El mundo no saldría de su asombro en mucho tiempo. ¿Cómo era que este hombre, del cual se conocía tan poco, fuera de sus hechos de armas en España, había logrado burlar a los romanos y con tamaña impedimenta realizar semejante travesía, sólo cumplida por las tribus galas y por los latinos que en grupos penetraron en busca de las tierras que habían de llamarse Italia?.

Aníbal vivió sesenta y cuatro años, un siglo antes de César y uno después de Alejandro. Con él y sus extraordinarios he-

chos, se produciría un gran cambio en el mediterráneo. Sin embargo, no ha llegado hasta nosotros ninguna representación fiel del hijo de Amílcar Barca. Su imagen y la de sus elefantes aparecen en algunas monedas, pero no le fue erigida una estatua en algún lugar. Estas monedas cartaginesas se conservan aún en el British Museum. El personalmente mandó fundir una tableta en bronce recordatoria de sus batallas ganadas, para dejarla en un templo al salir de Italia, en busca de Escipión y de su destino final. Es posible que le gustara escribir, pero lo único de su puño y letra que no pudieron destruir los romanos, es el relato de historia antigua que hizo para el pueblo de la isla de Rodas. Es curioso, pero evidente, que los nombres de tres romanos, Escipión el africano, Fabio Máximo el demorador y Catón el censor, no sean conocidos casi únicamente porque tres distintas maneras se opusieron a Aníbal. Las cifras de sus ejércitos y las de sus contendores obedecen meramente a cálculos de historiadores militares. Más de 100 volúmenes, obra de notables eruditos, se han ocupado del enigma de su ruta por entre los Alpes, y tal vez otros tantos, de las grandes batallas que ganó y de la infausta derrota de Zama. De toda esta literatura queda en claro, que el recuerdo de Aníbal, sus éxitos y fracasos, nos han sido procurados casi en su totalidad, por sus adversarios. De los informes que ellos aportaron, se ha hecho empero viva luz sobre sus grandes cualidades de conductor en batallas que se hicieron inmortales y que perpetuaron su nombre.

La primera gran confrontación tuvo lugar en la región húmeda y fría que se extiende entre los Alpes y los Apeninos, por donde corre el río Trevia, de escaso caudal en verano, pero impetuoso en invierno. Varias son las opiniones de expertos y especialistas sobre el lugar exacto, el curso de la batalla y la margen del río donde se libró el encuentro. Polibio y Tito Livio unánimemente sostienen que los romanos no cruzaron el Trevia y que la lucha por tanto se desarrolló sobre la margen izquierda. El coronel inglés Mac Dougall en su obra "Campanías de Aníbal", publicada en 1858, sostiene que el descalabro romano ocurrió sobre la margen derecha. El doctor Henderson, otro comentarista de guerra, hace notar que la opinión del gran historiador Mommsen, que se pronuncia por la orilla izquierda está universalmente descartada. Otros entre

ellos el comentarista inglés How, se atienen a Mommsen. Sea lo que fuere, la capacidad de maniobra de Aníbal, la calidad de su caballería y las disposiciones adoptadas antes y en el curso de la batalla, contribuyeron a la derrota decisiva de los romanos, cuyas pérdidas ascendieron según cálculos autorizados a 30.000 hombres. A pesar del insuceso del adversario, Aníbal no marchó sobre Roma, procediendo con cautela y previsión. Escipión que se enteró bien pronto del infortunio de sus colegas, pero que había calibrado lo que valían las capacidades del cartaginés, se mantuvo en prudente expectativa y esperó el curso de los acontecimientos, inmovilizado en Placencia, después de haber repasado el Ticino, acosado por los núbidas de Aníbal.

Se ha criticado a este conductor que después de cada una de sus victorias debió lanzarse sobre Roma en vez de permanecer inactivo, permitiendo rehacerse a sus adversarios. Estas críticas, aún viniendo de sus inmediatos colaboradores no merecen mayor comentario, si se considera que el cartaginés, que había madurado cada uno de sus planes con pleno conocimiento de la realidad de sus posibilidades y del potencial del enemigo, estaba plenamente informado que conforme al último censo, las reservas humanas de aquél constaban de 770.000 hombres capaces de empuñar las armas. El, por el contrario, no contaba entonces más que con su ejército de Italia. Además, es bien conocido que no recibiría en algún tiempo auxilio alguno de Cartago, donde su causa no gozaba de la popularidad necesarias para que secundaran sus planes. Tampoco Aníbal era afecto a la guerra de asedio, ni disponía del equipo adecuado para poner sitio a una fortaleza tan protegida como Roma. Los hechos se encargarían de comprobar sus certidumbres y previsiones. Roma, que conocía las circunstancias de Aníbal, emplearía las mismas tácticas de este, llevando la guerra a España y a Africa, para inmovilizar todo apoyo que le pudieran brindar sus hermanos y sus escasos partidarios. En Cartago, su causa era combatida por los poderosos conforme a los testimonios que aportan diversas fuentes, tal como había acontecido a su padre Amílcar en la guerra de España.

Los dos contendientes se observaron por algún tiempo en espera de la oportunidad que les permitiera adoptar una determinación. Esta se presentó cuando la elección consular

recayó en el tribuno del pueblo, el plebeyo Cayo Flaminio, que pasaba por ser un hombre de acción, probada ya en ocasiones anteriores. Una vez que se posesionó del mando, en concierto con el otro cónsul, su colega Servilio, se trasladaron sin pérdida de tiempo a las proximidades del ejército cartaginés, más allá del Po, en pleno umbral del territorio romano. Sería allí donde se pondría una vez más de presente la astucia y el genio militar de Aníbal. Tras una serie de marchas y contramarchas, tratando de descolocarse el uno al otro, el 217 A. de C., los dos ejércitos romanos emprendieron rumbo al norte. Pero el de Flaminio en vez de descender a la llanura como confiaba Aníbal, se enfiló hacia el oeste de los Apeninos, a las alturas de Arezzo, una vez que acordó con su colega Servilio que éste marchaba hacia el sur rápidamente. Cuando este movimiento se comenzó a ejecutar, Flaminio descendió al valle y se situó a espaldas del ejército cartaginés. Luego, sus legiones se desplazaron velozmente al este en seguimiento de Aníbal que se había movido por el camino que conducía a Cortona, en dirección al Lago Trasimeno. Estimaba que el cartaginés en su avance alcanzaría en dos o tres días la vía Flaminia, por la cual debía avanzar en sentido contrario el ejército de Servilio. Tal como estaba previsto, Aníbal se hallaría inevitablemente colocado entre los dos ejércitos romanos, en una región decididamente favorable a éstos últimos. Fue entonces cuando Flaminio forzó la marcha para cerrar la boca de la futura tenaza. A todas estas, Aníbal, después de un cuidadoso reconocimiento de la zona que cerraba el lago y enterado por sus jinetes de descubierta de los movimientos del enemigo, reanudó su marcha y dobló hacia la izquierda rumbo a las colinas que se erguían sobre el valle contiguo al lago. La trampa preparada por los romanos partía de la hipótesis de que el jefe cartaginés seguiría su avance hasta hallarse a las orillas del lago, circundado de alturones. Rumbo a este dispositivo debía acudir el segundo ejército romano al mando de Servilio para interceptar la salida del lago a los cartagineses. Acorde con los planes de Aníbal, su desviación a la izquierda hacia las colinas que dominaban el lago, llevaría a los romanos a proseguir su marcha pisándole los talones ese 20 de junio que constituiría, según confiaba Flaminio y Servilio, una completa encerrona en la ribera estrecha del lago. El cartaginés no veía tampoco, pero percibía el paso de los romanos que en número

de 40.000 proseguían tras de un cuerpo de caballería nómada y española que había destacado Aníbal en su contramanoobra. Los romanos prosiguieron su avance disciplinadamente llevando los avíos cargados de sus lanzas y cinturones. Con ellos también marchaban los traficantes de esclavos portando consigo sus carros para cargarlos con el botín que se tomase a los cartagineses, así como las cadenas para los futuros cautivos.

Una densa niebla matinal oscurecía el lago ese 20 de junio. La fila de las huestes romanas avanzaba casi a tientas por en medio de la grisácea bruma. Entonces se produjo, según relataron algunos fugitivos que lograron alcanzar las proximidades del teatro del encuentro, una cierta confusión cuando en la oscuridad las alas de la caballería cartaginesa se movieron para cerrarse sobre las legiones a su paso por el primer promontorio, cuando comenzó a estrecharse el camino. Aun cuando apretados, en medio de algún entrevero, las cohortes, con su proverbial disciplina, lograron reagruparse y encontrar sus lugares, volviendo a marchar con paso vivaz. Poco a poco, en lo alto de las colinas la niebla empezó a aclararse, pero seguía tendiendo un velo sobre el lago a su derecha. Lo primero que advirtieron los legionarios fue el ruido de muchas pisadas. Parecía como si el ruido se formase en el aire. Entonces fue cuando recelaron que un enemigo invisible se agitaba próximo a ellos. Pero los veteranos dudaban aún que otro ejército estuviera tan cercano. Por entre la bruma, ya sin lugar a dudas comenzaron a silbar proyectiles que chocaban con estruendo en las filas compactas de las legiones. Sus hombres encanecidos en los campos de batalla procuraron mantener el paso hacia adelante de la columna en marcha. Luego, como por obra de un presagio, detuvieron su avance y empezaron a desprenderse de los equipos y a colocarse los escudos en los brazos; pero entre la niebla los oídos le servían más que los ojos. Entonces comenzaron a percibir claramente los quejidos de los heridos, así como los gritos del adversario, que los obligaba a mirar primero a un lado, luego al otro. Caballos sin jinete comenzaron a sembrar el desconcierto. Los legionarios no lograban aún ver sus estandartes ni podían escuchar las órdenes de los centuriones. Por fin entendieron que para evitar las aguas del lago, debían dar frente a su izquierda. Lo intentaron pero no hallaron sitio para girar debidamente. Al tratar de ascender

advirtieron que la elevación se hallaba convertida en un enjambre de enemigos. Pensaron entonces, según relataron después los escasos fugitivos que lograron escapar de la encerrona, que un terremoto había sacudido en aquel momento la orilla del lago. Un desorden indescriptible se apoderó de las apretadas filas romanas, cuando las divisiones de africanos, iberos, celtíberos y galos se lanzaron al asalto de aquella masa confundida de guerreros asombrados y perplejos. El cónsul Flaminio, a pesar de una valerosa resistencia fue abrumado por los galos, que habían sido víctimas de sus devastaciones en la campaña precedente. En breves momentos cundió un terrible pánico y las filas se deshicieron. A las diez de la mañana todo había terminado en el lago Trasimeno. La última legión de 6.000 hombres se rindió entregando sus estandartes. Del gran ejército de Flaminio sólo quedaron con vida 15.000 hombres, cautivos de los cartagineses. Lo anterior no tenía precedentes en la historia militar de Roma. No fue posible hallar el cuerpo del Cónsul romano. Quizás al ser despojado de las insignias, fue arrojado por los galos en cualquier lugar. Aquel infausto día, los legionarios, siempre imperturbables hasta entonces, experimentaron el espanto de una terrible derrota.

Como el segundo ejército romano se encaminaba hacia el lago Trasimeno, siguiendo la vía Flaminia, Aníbal, sin pérdida de tiempo se dirigió hacia el este a la espera del adversario. Este que no se había enterado aún del descalabro de su colega Flaminio había destacado como vanguardia un cuerpo de caballería de 4.000 hombres que vino a caer sin provecho alguno en medio del campo cartaginés. Por los sobrevivientes de esta agrupación se enteró Servilio del destino corrido por el primer ejército.

Una extraña dualidad parece regir los destinos de esta contienda. Los romanos, pese a que han perdido la iniciativa en las batallas campales, mantienen su capacidad de librar una larga lucha en Italia, Africa y España, y son también incuestionablemente dueños del mar. Las derrotas navales que experimentaron a comienzos de su confrontación, en vez de abrumarlos templó su voluntad y desalojaron del Mediterráneo a las galeras cartaginesas. Aníbal, victorioso en los campos de Italia, no dejó de comprender con su certera visión, que su

aislamiento le sería fatal a la larga. Su ejército, esa maravillosa máquina que desembarcó en Italia y que dio buena cuenta de las legiones romanas, debió por fuerza de los hechos, renovar sus efectivos y equipos. Los caballos de Numidia y España fueron siendo reemplazados en su totalidad por los que iba hallando a su paso. Los elefantes, cuerpo de choque y tremendo factor psicológico, desaparecieron hasta el último. Los cuerpos de veteranos comienzan a ralear y su lugar es ocupado insensiblemente por los galos e italianos, que distan mucho de poseer sus cualidades guerreras y sus virtudes militares. Sólo el genio de Aníbal parece contrarrestar estos factores de desgaste y mantiene vivo el espíritu de unidad y de cohesión que siempre ha acompañado a sus huestes. El resultado final no es difícil de prever. Los generales romanos y el Senado de la República, familiarizados con su estilo, serán con el tiempo dignos contendores. Las instituciones y los grandes valores morales que han acompañado al pueblo romano desde los albores de su formación, no sólo se mantienen íntegros, sino que han ganado con sus terribles experiencias. Ellos han encajado las lecciones de la adversidad y se han acomodado a los nuevos hechos. Esta que será siempre su característica esencial, la obtiene y la seguirá obteniendo por influjo de las grandes calamidades y de los acontecimientos decisivos.

La historia de la humanidad, por virtud de esta contienda entre dos mundos eminentemente contradictorios, se enrumbará hacia un cambio total de la política, de la cultura y de la distribución geográfica.

Antes de que ocurriera la batalla de Cannas —el tercer día de agosto del año 216— antes de nuestra era, de tan señalada significación en el arte de la guerra y que pasaría para siempre a ser modelo clásico de la más genial concepción militar del mundo antiguo y factor de enseñanza a muy alto nivel en los institutos militares de las grandes potencias del futuro, los observadores militares de su tiempo, derivaron de esta confrontación de dos escuelas de la guerra, valiosísimas experiencias. De todos ellos, especialmente de los romanos, era bien sabido que el sistema de guerra convencional de afrontar al enemigo en campo abierto, era muy peligroso tratándose de un adversario de la habilidad de Aníbal, hecho ya experimentado, sin embargo, cuando

Pirro infligió varias derrotas a las legiones romanas de infantería. En los generales romanos comenzó a nacer la convicción de que los viejos métodos estaban próximos a desaparecer y que lo aconsejable en adelante, sería depender más de la maniobra y aplicar hasta donde fuera posible la guerra de desgaste y de tierra arrasada. Sin embargo, se necesitarían todavía dolorosas experiencias, para hacer de la caballería un factor esencial, según la topografía del terreno. También —encabezados por Fabio Máximo y Escipión el Africano— empezaron a entender, que en una guerra larga, aun cuando costosa, Aníbal llevaba las de perder, pues carecía de los suministros de hombres y materiales que requería una fuerza continuamente hostigada en todos los frentes de lucha.

La nueva concepción del enemigo inquietó al cartaginés, que debió a partir de entonces establecer sus cuarteles en zonas propicias al abastecimiento, a la capacidad de maniobra de sus efectivos y a la búsqueda de apoyo de sus aliados los galos y otros pueblos latinos. Pero sus movimientos fueron seguidos y observados permanentemente por el calmoso y sagaz Fabio Máximo, que esperaba sólo el menor descuido o error de su adversario para asestarle un golpe decisivo. Una vez que se produjo esta oportunidad, por una fatal interpretación que dio Aníbal a sus informadores y que se debió principalmente a la lengua que éstos hablaban, estuvo a punto de presentarse un segundo Trasimeno, pero a favor de los romanos. Con todo, Aníbal, uno de los mejores tácticos del mundo antiguo, logró sortearlo bajo las sombras de la noche, mediante un ejército de bueyes con teas encendidas en sus astas, que lanzó sobre la altura en una posición que ocupaban sus enemigos y que estos evacuaron creyendo que el grueso del ejército de Aníbal se había disparado en esa dirección. Por entre la brecha se deslizaron, sin mayor apremio, los diferentes cuerpos del ejército cartaginés.

Mientras este tipo de guerra, montado en una estrategia que iba desde el dominio del mar, el aislamiento de Aníbal, el fortalecimiento de las legiones romanas, el apoyo más decidido de los pueblos aliados y el desgaste físico y moral de las huestes cartagineses, se mantuvo sin variaciones, el éxito pareció acompañar a Fabio Máximo. Empero, para el orgullo romano,

para el desarrollo de su política interna y para la ambición desmedida de algunos aspirantes al consulado —que representaba el mando— no fue suficiente esta orientación conservadora.

La táctica de escaramuzas desarrollada por ambos bandos comenzó a llegar a su término cuando se aproximó la época de las elecciones. Todo hacía presagiar un cambio en la dirección de las operaciones. Este tuvo lugar con el acceso al mando del plebeyo Terencio Varrón. Este acontecimiento hizo comprender a Fabio Máximo que una nueva política se había adueñado del Senado y que su papel de "demorador" había llegado a su término por el momento.

Mientras el nuevo estilo se abría camino en el campo romano y se intensificaron al máximo los aprestos bélicos, Aníbal, a la expectativa, se movió de Gerión, ocupó Cannas, uno de los centros de aprovisionamiento del adversario y se dedicó activamente a acopiar víveres y revistar la capacidad de sus efectivos. Entre tanto, los cónsules romanos, saliendo apresuradamente de Roma, asumieron el mando e hicieron avanzar las legiones en procura de Aníbal, quien habiendo repasado el río Aufido, se instaló en las colinas próximas a la llanura abierta de Cannas, a sólo tres millas de las aguas frías del Adriático. Al amanecer del 3 de agosto el cartaginés, sobre su caballo favorito, escrutaba desde una elevación de la gris y seca llanura. Desde su atalaya pudo contemplar cómo lentamente, fila tras fila, avanzaban las compactas legiones detrás de sus cortinas de escaramuzadores. Avanzaban muy despacio para que los estandartes de sus cohortes no perdieran su alineación. A medida que se iba disipando la bruma pudo apreciarse la presencia de caballería en los extremos del compacto centro romano. Por los reflejos metálicos Aníbal comprobó que la Caballería pesada, de jinetes acorazados, ocupaba el flanco derecho. Este cuerpo de selección venía así a ocupar el espacio entre la última legión y el serpenteante río a cuya orilla opuesta había trasladado por última vez su campamento el hijo de Amílcar Barca. Con las primeras luces del alba había enviado bajo el mando del intrépido Hannon, hijo de Bomilcar, su caballería pesada, élite constituida por españoles y africanos. Lentamente, con el paso de un hombre a pie, debían ocupar el lugar situado bajo la loma de Cannas. Aníbal y algunos de

sus oficiales contemplaban cómo lentamente el ariete romano se abría paso entre la débil nube de honderos y arqueros del centro cartaginés que parecía quebrarse ante la avalancha de las férreas legiones, que se iban introduciendo con sus relucientes espadas. Cuando un tremendo rugido se elevó al choque de las dos masas de infantería, Aníbal dio la orden de arrojar antorchas encendidas en piras de fresos y maderas secas, para que una densa humareda impelida por el viento se esparciera ocultando el desplazamiento de la caballería de Hannon. Esta debía entrar en acción una vez que se hubiera profundizado el avance de los romanos. Las legiones que habían concurrido bajo la dirección de dos cónsules, no presentaban la unidad de mando que inspiraba al ejército cartaginés, cuya voluntad era sólo la de Aníbal. La rígida tropa romana, acostumbrada como siempre al avance y al choque poderoso de sus incommovibles filas, no poseía necesariamente la capacidad de maniobra para otros fines. Los cartagineses, en cambio, organizados en grupos tácticos, con su facilidad de maniobra se iban retirando ante el incontenible empuje romano, describiendo una figura en forma de V, en cuyas puntas se mantenían firmes los cuadros pesados de sus distantes flancos. El centro romano empujando hacia las pequeñas elevaciones, en medio del polvo y del humo arremolinados por el viento, comenzó a sentirse precariamente situado y a poco sus hombres de vanguardia, debido al apretujamiento, eran los únicos que podían esgrimir sus armas. También la fatiga de la marcha bajo el peso de las mismas, contrastaba con las reposadas huestes de Aníbal. Por ambos lados de la punta de lanza romana los huidizos cartagineses atacaron de firme. Una vez que las legiones habían penetrado ampliamente en la V, la caballería pesada de Hannon avanzó como una exhalación contra la infantería romana de su lado arrollando al galope los cuadros romanos. Afligidos por la sed y las fatigas del calor, acosados a ambos flancos y a su vanguardia y retaguardia por agrupaciones de infantería y caballería, los legionarios lucharon contra un enemigo descansado, fuerte y con toda facilidad de maniobra. Su caballería —el "Talón de Aquiles" de su estructura militar— acometida por la pesada caballería afro-española, se quebró como un dardo e inexplicablemente echó pie a tierra para apoyar a las acosadas legiones. En menos de lo previsto, fue arrollada y destruida, compartiendo el destino de la infantería. En el flan-

co derecho la caballería númera, como un bólido destruyó a la débil caballería de los aliados de Roma y penetró a su vez en los cuadros de infantería, sembrando la destrucción y la muerte. Hannon, que ya había ejecutado la primera orden en el flanco izquierdo, reordenando su caballería, rodeó completamente hasta el otro extremo la retaguardia romana, haciendo contacto con el otro cuerpo de caballería.

Su comandante Hartalo, a la usanza númera, en rápidos ataques y retiradas, cubría de jabalinas de hierro a los acosados legionarios, que no obstante haber sido quebrantados inicialmente habían vuelto a reagruparse bajo las órdenes de sus centuriones. El jefe númera, con su habitual prontitud, también hizo avanzar una unidad especial de 500 jinetes que se aproximaron al cuerpo de ejército que mandaba Terencio Varrón, fingiéndose desertores que iban a rendirse. Una vez dentro de las líneas de este último, extrajeron las armas que llevaban ocultas y se lanzaron al ataque de los desprevenidos legionarios. Los hombres de Varrón comprometidos entre los númeras que cabalgaban en círculo y otras huestes de caballería que surgieron a su espalda, trataron de zafarse de su difícil situación y buscaron un terreno despejado. Pero fuera del teatro de su acción, su retirada se convirtió de pronto en alocada y desesperada fuga.

En tan nefasta jornada no más de 500 sobrevivientes acompañaban en su precipitada huída al desventurado cónsul romano. Su colega, moribundo, estaba rodeado por todo lo que restaba del poderoso ejército inicial. Los legionarios luchaban apretujados en una sólida masa. En cargas sucesivas la caballería pesada cartaginesa se iba cerrando en un círculo de muerte. Poco a poco las columnas legionarias, reducidas a cohortes, luchaban tenazmente al pie de sus estandartes. Combatieron valientemente un tiempo más, pero sin esperanzas. Al finalizar la tarde ya casi todos yacían muertos. A la puesta del sol, Aníbal, cabalgó de lado a lado por el llano, escuchando de sus oficiales los partes de triunfo.

El jefe cartaginés había realizado la maniobra más desconcertante en mucho tiempo. Había conducido, por así decirlo, al ejército romano a su perdición paso a paso, en forma casi imperceptible. Lo había obligado a seguir una ruta, mien-

tras él se alejaba en aparente fuga muy visible y muy móvil de sus jinetes moros, hacia el campamento cartaginés a donde lo había trasladado en último momento y que sería el campo de batalla por él elegido, con el viento siroco propio de la temporada, a su espalda, y con la costa a espaldas de sus enemigos. Así, como en el lago Trasimeno, su adversario tenía tras de sí una barrera de agua. Pero en este caso el Adriático era mucho más grande que el lago. Los romanos lo habían seguido ciegamente y en el último momento que precedió al encuentro, desplegaron sus fuerzas, tal como si el propio Aníbal les diera las órdenes.

Mucho tiempo después, cuando se reescribió la historia de aquel día, bajo el primer imperio, se adjudicó el desastre, como cabeza de turco, al Cónsul Terencio Varrón, el demagogo, hijo de carnicero.

Este día de Cannas fue de tremendas proporciones. Cerca de 50.000 muertos en el campo de batalla. 3.000 infantes y 1.500 hombres de caballería hechos prisioneros. 29 de los 33 tribunos militares perecieron junto con 50 senadores y casi todos los hombres de rango pretoriano. Cuando en Roma volvió a reunirse el Senado, se llenaron 177 vacantes con nombramientos improvisados.

La actitud romana ante el desastre estuvo a la altura de la entereza moral y de la grandeza de este pueblo, y tal vez no tiene precedente en la historia de todos los tiempos. Se negaron de plano a escuchar las proposiciones de paz que por intermedio de su hermano Magón y diez prisioneros les formulara Aníbal. No les dieron acceso a su ciudad. Fueron recibidos en las Colinas Albanas por un Lictor que les comunicó, que ni él ni cartaginés alguno podía traspasar las puertas de la ciudad y se les concedió plazo hasta la puesta del sol para que abandonaran el territorio de la República. Como uno de los prisioneros trató de escapar faltando a la palabra empeñada al jefe cartaginés, fue descubierto y se le devolvió al campamento de Aníbal. No se accedió a pagar el rescate de más de 10.000 prisioneros que habían caído cautivos en el campo de batalla o que se habían rendido posteriormente. El derrotado Terencio Varrón fue recibido a su regreso por el mismo Fabio Máximo, que le expresó las gracias en nombre

del Senado, por no haber perdido la fe en el Estado Romano. Se ordenó marcar a los soldados fugitivos y se les formó en dos legiones destinadas a servir sin paga en guarniciones apartadas del teatro de las operaciones. Se buscó y castigó a todos los oficiales que habían osado hablar de abandonar Italia después de la derrota. Se extremaron las medidas para fortalecer las murallas y fuertes en espera del asalto de Aníbal, que se daba por seguro. Se liberó a millares de esclavos para encuadrarlos en las nuevas legiones que se fueron formando.

Aníbal, consecuente con su teoría de la guerra que venía librándose en Italia, Africa y España, no se presentó ante las puertas de Roma. Reagrupando sus efectivos marchó en busca del mar para desarrollar sus futuros planes de acción. A este propósito despachó a su hermano Magón para que se trasladara a Cartago en una galera y solicitara del Consejo el envío de un refuerzo de 4.000 jinetes númidas, 40 elefantes y un apoyo en talentos de plata para mantener el ejército. También lo instruyó para que solicitara el reclutamiento de 24.000 hombres de caballería e infantería, a fin de que se reforzaran las huestes de su hermano Asdrúbal en España, para mantener libres las comunicaciones entre este reducto y su ejército. A objeto de completar el tesoro destinado a la guerra procedió a vender los prisioneros romanos a los traficantes de esclavos de Delos. Despachó emisarios a las distantes ciudades para exhortarlas a pactar una alianza con Cartago. A continuación marchó por la orilla del Adriático, ascendió las colinas Apeninas con su mente puesta en el Puerto de Nápoles y la gran ciudad griega de Capua. A su paso las gentes pudieron apreciar que la caravana de aprovisionamiento, capturada al ejército de Varrón, incluía las águilas y los fasces de cónsules vencidos. Durante la marcha acudieron a su encuentro los enviados de los intrépidos samitas a pactar las condiciones de una alianza. Las ciudades de la costa griega del oeste lo aclamaron y le ofrecieron su apoyo. Bien pronto se presentaron también los negociadores de la orgullosa Capua para comunicarle que la egregia ciudad gustosa le abría sus puertas. Con todos los diplomáticos acreditados ante su cuartel general, pactó condiciones generosas y recibió sus plenas adhesiones. De cartago le llegaron noticias, de que pese a los adversarios de la familia Barca, el consejo de notables había accedido a su solicitud.

Recordó entonces: "Si logras una victoria, hasta los que te odian se plegarán a tí". Según su hermano Magón, en el ánimo de los cartagineses habían pesado mucho el certo que con 6.000 sortijas de oro con sellos, pertenecientes a nobles muertos en combate, les había entregado en pleno consejo.

Cuando por fin llegó a Capua, un atardecer invernal, le fueron franqueadas las puertas. Un grupo de prestigiosos nobles le dispensó una cordial acogida y lo invitó a recorrer la ciudad. Visitó una tras otra las terrazas adornadas con figuras de dioses griegos, cuyas caras miraban hacia el este. Desde una de aquellas pudo contemplar a su sabor, fuera de los muros, hacia el oeste, una llanura enteramente verde donde circulaban aguas sulfurosas, agradables al paladar y curativas de las dolencias. También crecían hermosos viñedos que permitían cosechar excelentes uvas de las que extraían el exquisito vino de Falerno. Esta noble y espléndida ciudad había sido fundada por los etruscos y desde su nacimiento fue siempre la primera de Italia. En aquella época, un poco ya lejana, Roma no era más que una aldea, a orilla del Tiber, en constante lucha con sus vecinas.

Cuando cayó la noche, a su turno invitó a los nobles anfitriones que le habían acompañado a recorrer la ciudad, a comer en la residencia que le había sido asignada. Dialogó con ellos en griego, que hablaba correctamente y disfrutó mucho con ello pues pudo olvidar en sus breves horas los duros dialectos de las comarcas del centro. Empleó con desenfado la cortesía que desde mozo había aprendido en su trato con los iberos de España. Conoció, con su habitual percepción, que los refinados capuenses eran en extremo orgullosos, pero que con su habilidad diplomática, mientras escanciaban sus copas recostados en suntuosos lechos, saboreaban con aparente delectación los vinos de dátiles producidos en Cartago y traídos en preciosos cántaros, asegurando que eran mejores que su exquisito Falerno. Mentían cortesmente al cartaginés, que los escuchaba, a la usanza guerrera, sentado en un sencillo escabel. Sin parar mientes en que su anfitrión, siendo tan notable guerrero, era apenas un africano, extremaron sinceramente sus manifestaciones de aprecio y le brindaron una amistad sin reservas. Cuando unos días más tarde Aníbal salió de Ca-

pua, hizo que sus guardias dejaran como olvidados sobre el mármol del atrio en el palacio de los hermanos Celere, los fasces capturados, emblema de la autoridad de Flaminio, Varrón y Emilio. Con el ánimo de aparecer sólo como huésped en Capua y hacerles olvidar que su ejército ocupaba realmente la ciudad, en sus afueras, hacia el poniente, sobre una pedrada montaña que llamaban Tifata, hizo plantar su tienda y estableció su cuartel general, bajo la vigilancia de portaestandartes africanos.

Así transcurrió en aquel paraíso el apacible invierno de Capua. Pero el duro guerrero no sucumbió como la mayoría de sus hombres a los encantos y refinados placeres de los greco-latinos. Realizaba por el llano largas cabalgatas de exploración. Desde la altura dominaba con su vista Cuma (Cumae), el puerto de mar más antiguo, donde el vapor caliente que brotaba de las cavernas plutóneas, servía para calentar los baños públicos. Con una escolta de nómadas elegidos, todos ellos buenos flautistas, ataviados con sus limpias capas blancas de lana, cabalgaba algunas veces por el valle en que las fuerzas de Fabio le habían tendido una trampa de la que los bueyes le permitieron escapar.

Este intervalo en las operaciones fue como el entreacto que divide dos partes de un drama. Nadie podía saber a ciencia cierta lo que sucedía entre bastidores. La preparación escénica prometía grandes sorpresas a los espectadores. Esta relativa pausa exterior contrastaba seguramente con lo que se fraguaba en los consiliábulos políticos de las dos ciudades y entre los agentes enviados por ambas partes a los gobiernos de las distintas regiones. Los aprestos bélicos iban desde un activo reclutamiento; la fabricación de armas y proyectiles; el adiestramiento de tripulaciones para las nuevas galeras que se iban armando en los arsenales; la acumulación de víveres en las plazas fuertes; la reparación de las defensas; la concertación de alianzas y el acopio de información.